EL CRUCIFIJO

POR EL

P. Remigio Vilariño

DE LA

COMPAÑÍA DE JESÚS



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

——————

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7.

———

1903

penas hay en la historia ejemplo de una rabia más tenaz y de un empeño más rencoroso que el de los judíos por levantar la cruz de Jesucristo y verle clavado en ella. Y cuando satisfechos ya de su venganza le contemplaron crucificado, insultándole con escarnio le decían: "¡Vamos a ver! ¡a que no bajas de esa cruz! Eso que eres, según tú dices, Mesías e Hijo de Dios, y tienes poder del cielo para salvar a otros. Si bajas, creeremos todo cuanto aseguras".

¡Infelices! ¡qué lejos estaban de sospechar lo que hoy está pasando! Hoy sus nietos darían cualquier cosa por desterrar de la tierra aquella cruz que entonces sus abuelos levantaron. Y ¡no pueden! y se la encuentran en todas partes, en todos los pueblos, en todas las calles, en todos los templos, en las coronas, en los edificios, en los caminos, en las escuelas, en los tribunales, en los corazones de infinita muchedumbre.

Con la misma rabia con que sus padres levantaron la Cruz el día de Viernes Santo se empeñan ellos en el siglo actual en quitarla de todas partes. ¡Y no pueden lograrlo! ¡y eso que ahora tampoco les faltan ni *Herodes* ni *Pilatos* en los gobiernos del mundo que los ayuden en su empresa! ¡eso que cuentan con el apoyo de la masonería y con la influencia del oro!

Ni es posible que lo logren. ¡Maravillosa historia! La piedra que aquellos decidas desecharon es hoy la piedra angular del mundo. Todo ese cristianismo abominable a los judíos vive inmortal en aquel Cristo que ellos sacrificaron. Aquel árbol sobre el cual tan furiosos hachazos descargaron florece sin cesar preciosísimo sobre su flor que es Cristo riquísimo en sus hojas que son sus Gracias y fecundísimos frutos que son sus santos y puede muy bien decir la Iglesia todos los años:

Arbor una nobilis,

Nulla silva talem profert

Fronde, flore, germine.

«Árbol noble entre todos: ninguna selva produce otro que se le iguale ni en hojas, ni en flor, ni en fruto».

Creían los que crucificaron a Cristo que con crucificarle estaba todo concluido, y ha sucedido lo contrario. Ellos pensaban que si moría Jesucristo en la cruz nadie podría creer que era el Mesías, y el mundo cree que es el Mesías porque murió en la cruz. Pensaban que si moría el Maestro en la cruz todos sus discípulos perderían la esperanza

que tenían en él, y el mundo religioso no encuentra otra esperanza segura de salvación sino en el que murió en la cruz. Pensaban que nadie adoraría ni amaría á un ajusticiado en la cruz, y todo el orbe católico está postrado al pie de la cruz.

¡Qué desengaño para los judíos! ¡Qué rabia! ¡Qué desesperación! ¡No poder, aun capitaneando á toda la masonería del mundo, suprimir al Crucificado y encontrárselo todavía al cabo de veinte siglos como el signo de contradicción, *signum cui contradicetur*, como lo había profetizado su anciano Simeón!

Pero para los cristianos ¡qué seguridad, qué consuelo, qué esperanza, ver que nunca se abate nuestro lábaro de victoria, que nunca baja Cristo de la cruz!

La devoción á Jesucristo crucificado es la primera de las devociones de la Iglesia, y como la fuente de vida de los cristianos. Porque, en efecto, la vida sobrenatural cristiana no es otra cosa que fe, esperanza y caridad. Ahora bien; nada más apto para excitar estas virtudes que la devoción á Jesucristo crucificado, en el cual se encuentra la clave de la fe católica, la fuerza de la esperanza cristiana y la plenitud de la caridad divina.

Por lo cual hoy que en el mundo se combate tanto á nuestra fe, á nuestra confianza y á nuestra caridad para con Dios, es preciso que fijemos más y más nuestra atención en ese crucifijo adorándolo como á nuestra única esperanza: O *crux ave spes unica.*

I

La devoción á Jesús crucificado es la más á propósito para confirmamos en la fe, porque el misterio de la cruz más que ningún otro misterio derrama torrentes de claridad sobre toda la doctrina de la Iglesia. Teniendo delante un crucifijo se comprenden sin dificultad muchas verdades, de otra manera muy oscuras.

Acerca de Dios nos prueba su grandeza infinita, pues exige por su ofensa una satisfacción infinita; su infinita justicia, pues hizo sufrir á Jesucristo tantos dolores; su infinita misericordia, pues por redimir á nosotros, pobres esclavos, entregó á la muerte á su Hijo amado; su infinita santidad, pues sólo porque cargó con la responsabilidad de nuestras culpas no perdonó ni á su propio Hijo; su infinita sabiduría y providencia en hallar tan estupenda manera de redimirnos conciliando todos sus atributos.

Acerca del hombre nos hace ver lo que vale la salvación de un alma, la gracia santificante y la gloria del cielo, pues por ellas se dignó morir en la cruz. En ese cuerpo llagado, deshecho, desfigurado, leemos como en ninguna parte cuán grande mal es el pecado, pues tanto sufrió Dios por destruirlo. En esos horribles dolores sufridos por el

Nazareno vemos lo que aguarda en el infierno al que quiere morir en pecado; porque, como él dijo, si en el leño verde, en el florido y hermosísimo Nazareno se hizo tal destrozo, ¿qué se hará en los leños secos é infructuosos de los pecadores? La vanidad del mundo ¿quién no la está viendo en el desprecio que hace de él este Crucificado que muere completamente despojado de todo, desnudo, sin honra y hasta separado y levantado de la misma tierra?

Pero sobre todo quien aparece claro, iluminado con toda su luz, colmado de toda su perfección es el mismo Jesucristo Nuestro Señor. Es hombre y hermano nuestro, pues puede satisfacer; y es Dios, pues puede satisfacer por una ofensa infinita Es sacerdote sumo y es víctima preciosísima y la única que puede satisfacer por nuestros pecados. Se parece á nosotros en sentir los dolores como nosotros, en entristecerse su alma como nosotros, en ser afligido, perseguido, calumniado, oprimido como nosotros y más que nosotros. En lo que se diferencia infinitamente de nosotros es en sus virtudes: en ser más caritativo, y generoso, y paciente, y humilde, y misericordioso y constante que nosotros.

Además el crucifijo nos ofrece una prueba pasmosa de nuestra fe y un motivo estupendo de la credibilidad de nuestros artículos:

Regnavit a ligno Deus.

Reinó desde una cruz Dios.

He aquí un verso que canta continuamente la Iglesia, el cual, en su brevísima sencillez encierra profundísima teología. Si es verdad ese verso, si hay alguno que á pesar de ser crucificado reina en el mundo, no lo dudéis, ese es el Mesías de que hablaron los Profetas, ese es el Redentor, ese es el Dios fuerte qué nos estaba *prometido*. Y no se necesita más prueba que ésta para nuestra fe.

En efecto, si examinamos los vaticinios del Antiguo Testamento y los reunimos, hallaremos que el Mesías profetizado tenía que ser un personaje inverosímil, antitético, casi imposible y aun á primera vista contradictorio. Cristo tenía que ser según las profecías:

Sacerdote sumo y víctima por el pecado.

Sanador de todas las enfermedades y varón de dolores.

León de Judá y cordero que, llevando sobre sí nuestras culpas, sería degollado.

Piedrecilla arrastrada por la tierra y monte que ocuparía todo el mundo.

Sillar desechado y piedra angular y clave del edificio religioso.

Perfección y corona y cumplimiento de la Ley Antigua y abrogación deella.

Brazo de Dios, fortaleza de Dios que burlase todos los planes de las gentes y de los pueblos, de los reyes y los príncipes coligados contra él, y al mismo tiempo un perseguido que había de sucumbir á una trama violenta de esos mismos poderes.

Padre del siglo eterno, de una generación perpetua y al mismo tiempo muerto en la flor de su edad, á los tres años de su aparición almundo, en su vida pública, en la mitad de la semana setenta de Daniel.

En una palabra, Rey: *Ego autem constitutus sum Rex ab eo*. Y Rey de los judíos: *Super Sion montem sanctum ejus* (Ps. 2, 6). Y de todo el orbe: *Et adorabunt eum omnes reges terrae, omnes gentes servient ei (Ps*. 71, 11). Y Rey espléndido, triunfador, invencible, eterno: ¿quién no recuerda, si ha leído los salmos y profetas, aquellos rasgos brillantes con que le describen? Y al propio tiempo había de ser un siervo de lo más rebajado de la tierra, formado con el destino de ser humillado, abatido, arrastrado, «desechado -dice Isaías- lo último de los hombres... tal que hará apartar de sí los semblantes; no se le tendrá estima, se le mirará como á leproso, herido de Dios, humillado...: será hostigado y el sumiso no abrirá la boca, como cordero llevado al matadero, como oveja callada ante el que la trasquila... y será muerto por opresión y tribunal» (Is. 53).

¿Qué más? El Mesías tenía que ser Dios: *Et vocabitur nomen ejus Emmanuel, Deus* (Is. 7, 14; 9, 6), y al mismo tiempo había de ser herido y abandonado de Dios: *Percussus a Deo* (Is. 53, 4). *Deus, Deus meus, quare me dereliquiste?* (Ps. 21, 2).

¿Hay cosas más contradictorias? ¿No parece cosa imposible la realización de conceptos tan opuestos entre sí? Lo que hay es que Dios, sabiduría infinita, para que nadie ni remotamente juzgase casualidad el cumplimiento de las profecías, puso en ellas caracteres de tan difícil combinación que á la humana razón le parece imposible. Y como los buenos grabadores ponen en los sellos o documentos de mucha importancia rasgos tan encontrados y contraseñas tan complicadas, que por lo difícil de imitarlas hacen imposible toda falsificación, así el sabio de los sabios, Dios, para que nadie

pudiese falsificar (si es lícito hablar así) ningún Mesías, puso en los vaticinios antiguos esa constante y complicadísima combinación de caracteres opuestos y entre sí casi irreconciliables.

Ahora bien; todos esos rasgos se cumplen en Jesucristo crucificado. Él es el nudo que une todas las profecías, él es la clave que traba toda la bóveda de los vaticinios, así de los arcos que suben hasta lo sumo de la gloria como de los que descienden á lo ínfimo de la humillación. Porque Jesucristo en la cruz es sacerdote y víctima; cordero degollado y león que va á triunfar; piedra desechada y piedra angular; coronamiento y perfección del Antiguo Testamento y abrogador de él para fundar el Nuevo; juguete é irrisión de la plebe y brazo de Dios, muerto violentamente en la flor de su edad y padre de una Iglesia eterna; siervo llagado y deshecho y Rey del orbe; abandonado de Dios é Hijo de Dios en quien confía aun en su abandono.

Y siendo todo esto, encierra en sí una prueba portentosa de la credibilidad de nuestra fe en Jesucristo, la cual consiste en la realización cabal en ese Crucificado de un cúmulo innumerable de profecías imposibles de unirse en otro que no sea el Mesías enviado por Dios.

Pero hay más. Cristo crucificado es una prueba de nuestra fe no sólo por ser el vínculo y consumación única de las profecías mesiánicas, sino además por ser el más estupendo de los milagros que se han visto sobre la tierra.

Gran milagro es un enfermo que sana, un ciego que ve, un cojo que anda, un sordo que oye y un mudo que habla. Pero mayor milagro que todo eso es un Crucificado que reina en el mundo sin más armas que su cruz: *Regnavit a ligno Deus*, sujetando y domando al orbe, como dice San Agustín, con la cruz y sin armas: *Non ferro sed ligno.*

Maravillosa es la sentencia que dijo Jesucristo á los fariseos al fin de una de sus controversias con ellos: «Cuando levantéis en una cruz al Hijo del hombre, conoceréis que yo soy el Mesías» (Joann. 8, 28). Había hecho un sin fin de milagros, había derramado torrentes de sabiduría divina, había deshecho todas las objeciones, los había dejado sin palabra, obligando á la gente á exclamar «nunca hemos oído hablar así á ningún hombre»; y, sin embargo, no logró persuadir á los judíos que él era el Mesías. Y como quien apela á la última prueba, á la demostración sin réplica, añade confiado: «¡Cuando me crucifiquéis, veréis que yo soy el Mesías!»

Y, coincidencia pasmosa, apenas es crucificado Jesús, aparece por orden del

Presidente sobre la cabeza del ajusticiado, escrito en las tres lenguas más conocidas, un título claro, evidente, que dice: «Este es Jesús Nazareno, el Rey de los judíos», es decir, el famoso Rey y Mesías prometido á los judíos como dominador de todo el mundo. Y por más que se lo rogaron, no quiso mudar el título, y con resolución impropia de su cobardía dijo: *Quod scripsi, scripsi.*

Pero ¿quién va á creer á esa inscripción? ¿Cómo puede ser el ley de los judíos ese Galileo que está en la cruz acabando su vida y dando su sangre, abandonado de todos menos de su Madre y del más niño de sus discípulos y de unas pobres mujeres? No tenían razón los fariseos cuando decían: «¡Bah! ¡Si fuese el Hijo de Dios bajaría de la cruz! ¡Si es el elegido de Dios, si es el Rey de Israel, como dice ese letrero, que baje de la cruz y creeremos en él!»

¿Quién al oírle exclamar en su agonía «Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?» no diría: «Por fin ha caído en la cuenta de su engaño: pensaba que Dios le iba á librar y ha visto que no es así». Y cuando en seguida exclamó: «Todo se ha consumado», quién no le hubiera tenido lástima y no hubiera dicho: ¡Pobrecillo! ¡qué tarde se ha desengañado!»

Y, sin embargo, contra toda humana previsión y posibilidad, contra todo lo que allí se veía y oía, cuando menos podía esperarse nada de gloria, ni de triunfo, aquel siervo humillado, desamparado de Dios, crucificado, que es lo más que se puede decir, cuando todos le tenían ya por muerto, alza su regia frente, levanta al cielo sus divinos ojos, esfuerza su real pecho, da una gran voz y se apresta á reinar; y en el mismo momento en que la muerte va á echarse sobre él, matando á la muerte, más aún, sacando de la muerte vida y vida universal y triunfadora de todos los hombres, empieza su reinado donde otros acaban el suyo, y encomendándose confiado á su Padre exclama: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

Y murió. Pero á los pocos años todo el mundo se postraba á los pies de ese Crucificado, y hoy, después de diecinueve siglos, sigue reinando en todo el orbe, y es adorado por todos los pueblos, y venerado en innumerables altares, y saludado en todos los caminos: corona los edificios, adorna las coronas, brilla en los cetros, cubre los corazones y marca las frentes, labios y pechos de millones de súbditos suyos.

Por incrédulo que seais ¿qué milagro queréis más estupendo que el reinar desde la cruz Jesucristo: *Regnavit a ligno*. y no de una manera cualquiera sino como Dios: *Regnavit a ligno Deus?*

Porque verdaderamente arguye muy bien San Agustín. Una de dos: ó ese Crucificado ha obtenido un reino tan universal y duradero con milagros ó sin ellos; si con milagros, es evidente que se le debe creer; si sin milagros, tenéis que confesar que ha obrado el

más estupendo milagro que se puede imaginar, que es lograr sin otros milagros ser tenido por Rey y por Dios un crucificado.

No fué, pues, prudencia de Pilatos sino providencia sapientísima de Dios haber puesto á la cabeza de la cruz ese título de: «El Rey de los judíos» que nadie pudo desclavar. Ni los judíos cuando decían: *Si eres el Rey de los judíos baja de la cruz*, sabían lo que se decían; pues en la providencia de Dios la cruz era el lazo de unión de toda la realeza y majestad de nuestro Rey Mesías con toda la humillación del Siervo leproso y maldito por los pecados ajenos, á fin de ser de esta manera el más pasmoso cumplimiento de las profecías, y el más estupendo milagro de Dios, y por lo uno y por lo otro una prueba irrefragable de nuestra fe, escrita en todos los crucifijos del mundo.

II

Si es verdad que la vida es una calle de amargura; también lo es que al cabo de ella aparece animándonos á caminar Jesucristo clavado en la cruz despidiendo los fulgores de una consoladora esperanza, sin desesperación, sin presunción y sin desconsuelo.

Sin desesperación; porque si es verdad que nosotros somos muy malos, Jesucristo es muy misericordioso; si la ofensa hecha por el pecado es incalculable, la reparación dada por la pasión es infinita: abundaron, es verdad, los pecados, pero sobreabundó la gracia. «Todas nuestras culpas llevó Cristo consigo á la cruz en su cuerpo», según la hermosa expresión de San Pedro (I Pet. 2, 24), para extinguirlas allí en el holocausto de su carne. Y según otra expresión parecida de San Pablo (Coloss. 2, 15): «Borró el decreto de condenación que estaba escrito contra nosotros y lo destruyó clavándolo en la cruz consigo al mismo tiempo que su cuerpo». Gracias, pues, á esa víctima sacrificada en la cruz nadie debe desesperar, porque ya sin más trabajo que arrepentirnos y confesarnos se nos perdonan los pecados.

¡Cuántas veces nos ponemos á pensar sin provecho ninguno sobre el pavoroso problemade la predestinación, y aun queremos excusar nuestra propia maldad echando casi la culpa á Dios de que no nos salva á la fuerza! Lo que los cristianos hemos de hacer es mirar á un crucifijo y exclamar: No sé los secretos de Dios sobre la predestinación, lo que sé es que quien se deja crucificar por mi, sin duda ninguna quiere salvarme. Ahora bien, como decía San Pablo: «Si Dios está en nuestro favor, ¿quién puede contra nosotros? Si no perdonó á su propio Hijo, sino que por salvamos lo entregó á la muerte, ¿cómo puedo pensar que juntamente con él no nos dió todas las cosas? ¿Quién acusará á los elegidos de Dios? Dios es el que los justifica; pues ¿quién será el que los condene? Jesucristo es el que ha muerto por nosotros y luego ha resucitado y está á la diestra de

Dios é intercede por nosotros: pues ¿quién nos separará del amor que Cristo nos tiene?». En verdad, si nosotros no queremos, nadie. «En todos los trances venceremos por medio del que nos amó» (Ad Rom. 8).

Por eso esta devoción á Jesús crucificado es la más acomodada á nosotros, pobres pecadores, á quienes continuamente está diciéndonos Cristo Nuestro Señor aquellas hermosísimas palabras que le atribuye San Agustín: *«Estáis viendo las heridas que vosotros abristeis; el costado que vosotros alanceaisteis: por vosotros y para vosotros han sido abiertos»*. Ojalá nunca pueda añadir aquellas otras: «y á pesar de todo ¡no habéis querido entrar por ellas!»

Y he aquí insinuada otra nueva enseñanza del crucifijo que nos advierte que nuestra esperanza no debe ser presuntuosa, ni debemos pretender salvarnos sin padecer. El que se salve ha de entrar por las heridas de Cristo Nuestro Señor y participar de su pasión. Y por esos decía San Pablo: «Que Dios á los suyos los predestinó á ser conformes á la imagen de su Hijo, de modo que éste sea como un primogénito entre muchos hermanos» (Rom. 8, 29), al cual imitemos los demás en la herencia de la gloria y en los trabajos de la vida.

Si vemos á nuestro hermano primogénito que está crucificado., ¿cómo los hermanos menores vamos á pedir que se nos libre de penas? «Convenía, dijo á sus discípulos de Emaús, que Cristo padeciese y así entrase en su gloria» (Luc. 24, 26). Pues si el primogénito para ir á la gloria tuvo que padecer tanto ¡no hemos de padecer nada los demás hermanos: Dios exaltó á Jesucristo, según dice San Pablo (Philip. 2, 13), «porque se humilló á sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz». Pues si el primogénito hubo de humillarse, tanto y obedecer hasta tal punto, nosotros los hermanos menores y tan menores ¿queremos ir á la gloria con tanta soberbia, rebeldía, independencia y libertad? Y si al Hijo que era ejemplar de virtudes le hizo su Padre ejemplar de dolores, si al Hijo que no conocía pecado le hizo por nosotros víctima de pecado (II Con 5, 21), si al Hijo que era árbol florido de obras santísimas le hizo Dios sufrir tanta aflicción, ¡ay de nosotros! ¡cómo podemos presumir los hermanos menores, que lejos de ser ejemplos de virtudes somos leños secos y llenos de carcoma! Y más, que el que está en la cruz es Hijo de Dios por naturaleza y nosotros sólo lo somos por adopción.

Duro y sin consuelo es esto sin, duda á los hijos rebeldes que presumen ir al cielo sin sufrir ni siquiera lo que exige el cumplimiento de los deberes. Pero los hijos humildes hallan el consuelo para todos sus sufrimientos en la cruz de Cristo; y si bien es verdad que tienen que ser clavados en la cruz, pero es al lado de Cristo, viendo á Cristo y oyendo á Cristo.

Todos los hombres en el calvario de sus tribulaciones encuentran á Jesucristo crucificado. Por desgracia, unos al verle blasfeman de él, y aun clavados en la cruz insultan como el mal ladrón á Cristo y su providencia. Su voz es esta: ¿Por qué me hace á mí Dios tan desgraciado? «Si tú eres el Mesías, Sálvate á ti y sálvanos á nosotros» (Luc. 23, 39). Pero los humildes imitando al buen Ladrón dicen: «Nosotros padecemos lo merecido, y éste padece sin tener ninguna culpa» (Luc. 23, 41), y sin rehusar el dolor, buscan el lenitivo y consuelo de la dulce esperanza en la cruz de Cristo, y postrándose reverentes aplican sus labios á las llagas de los pies y de las manos y del costado, y beben en ellas el gozo y el consuelo de que hablaba Isaías en aquella dulcísima promesa: *Haurietis aquam in gaudio de fontibus Salvatoris* (Is. 12, 3). «*Beberéis agua de consuelo de las fuentes del Salvador*».

¡Cuántos afligidos han desfilado por delante de un crucifijo! ¡cuántos besos se han dado á sus llagas divinas! ¡cuántos consuelos han manado de sus dulces heridas!

Muchas penas y dolores hay que, se resisten á todo consuelo: pero al consuelo que da un crucifijo no puede resistir ninguna pena. La pobreza y la miseria, la enfermedad y el dolor, la humillación que sigue á la gloria, la ingratitud con que nos pagan los favores, el desamparo de los conocidos, la traición del amigo del alma, la angustia de la madre del corazón, los apuros de los hijos queridos, y, en fin, la amargura interior cuando nos parece que Dios nos ha hecho desgraciados en el mundo, que, no nos atiende, que somos los más desgraciados de la tierra, todo eso y más, no siempre se remedia (porque ni conviene) pero se dulcifica besando las llagas de un crucifijo.

¿Por qué? Porque no hay género de dolor que no padezca ese Crucificado, que por padecerlos todos él solo, es llamado Varón de dolores. No hay pena que no esté en ese Señor de quien dijo Isaías y San Mateo que *recibió sobre sí nuestras miserias y se tomó nuestras enfermedades* (Matth. 8, 17).

Antes de llegar á esa cruz todos vamos quejosos y diciendo: *¡no hay dolor como el mío! ¡nadie sufre como yo!* Pero al postrarnos á las plantas de Jesucristo oírnos que nos dice: «Todos los que pasáis por este camino observad á ver si hay una tribulación tan grande como la mía» (Thren. I, 12), y viendo que efectivamente no la hay, y que Cristo es el único que puede decir estas palabras, apagamos nuestras quejas, y repetimos por lo bajo

aquello del buen Ladrón: «Nosotros padecemos lo merecido, al paso que éste no tiene culpa» (Luc. 23, 41), y de seguro nos contentaremos con decir como él: «Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino», y con que se nos responda: «Ya estarás conmigo en el paraíso». Porque en este mundo, aunque no sea más que por decoro, no debemos decir sino lo que decía San Pablo: «*Lejos de mi gloriarme en otra cosa que en la cruz de Cristo*». O aquellos versos que canta la Iglesia: «Dulce es la cruz, dulces los clavos, como es dulce el peso que sostienen».

Dulce lignum, dulces clavos.

Dulce pondus sustinet.

Dichosos los que en todas sus aflicciones van á besar los pies de un crucifijo. Allí mana siempre fresca la dulce esperanza libre de presunción, pero llena de consuelo.

III

¡Caridad! ¿Es posible no sentirla á los pies de un crucifijo? ¿Qué ama quien no ama á Jesús crucificado?

Porque siendo Cristo resplandor del Padre é imagen perfectísima suya que se nos muestra en este mundo en el Verbo encarnado, todo cuanto de Dios hemos de conocer y amar en esta vida todo está en Jesucristo Nuestro Señor. Ahora bien; Jesucristo, aunque en sí siempre fué infinitamente amable desde que encarnó, en cuanto á nosotros y á nuestro modo de ver fue cada día creciendo en virtud, en gracia y en amabilidad; porque aunque siempre nos amó lo mismo, las muestras de amor que nos dió fueron creciendo cuanto más creció su vida. El colmo, pues, de su amor y de su amabilidad está al fin de su vida, en la obra de la cruz, que es la mayor obra del amor de Dios; por lo cual San Pablo, para presentarnos el amor de Cristo, nos lo representa crucificado. «Nos amó y se entregó por nosotros como oblación á Dios y víctima de suave olor.» (Eph. 5, 2).

Y en efecto, en el Crucificado se halla concentrado todo el amor de Cristo de tal manera, que podemos decir que todo lo amable de Jesucristo está en la cruz en sumo grado, y que todo lo que hay en la cruz es sumamente amable.

Todo lo amable de Jesucristo está encerrado en que él es nuestro Jesús, nuestro Salvador. Ahora bien; Dios por especial ordenación y providencia suya exigía que si había de ser Jesús había de humillarse hasta la muerte. «Si da la vida por los pecados, verá una generación duradera», así había dicho de él Isaías (53, 10). Y San Pablo dice «que el nombre de Jesús se le dió porque se humilló obediente hasta la muerte de cruz» (Philip. 2, 8). Y la santa Iglesia dice: *Hoc opus, nostrae salutis ordo deposcerat*: «el orden de nuestra salvación exigía esta obra de la crucifixión». Por donde si bien desde el principio empezó á ser nuestro Jesús, pero todos sus méritos, aunque en sí de valor infinito, estaban como en suspenso por la ordenación de Dios, hasta que se consumó la pasión. Y por esta razón Cristo no es verdadera y plenamente nuestro Jesús, hasta que, cargado de todos los méritos de su vida, se presenta por nosotros víctima de propiciación crucificado en el ara de la cruz.

Además, todo cuanto de amable se encierra en el nombre de *Jesús*, todo tiene su plenitud en Jesucristo crucificado. El *Jesús* debía ser sacerdote, y Cristo en la cruz fué el sacerdote sumo y perpetuo de la religión nueva, que después de derramar su propia sangre entró en el *Sancta Sanctorum* del cielo y está ofreciendo perpetuamente en los altares el sacrificio que ofreció en la cruz por nuestros pecados, sentado á la diestra de Dios Padre, ante cuya presencia aparece continuamente intercediendo por nosotros. El *Jesús* además había de ser víctima por nosotros: este era su destino, por decirlo así, en el mundo: no era posible que los pecados se quitasen con sangre de toros y de cabras, era necesario un Cordero divino que tomase sobre sí todos nuestros pecados y con ellos fuese sacrificado en holocausto porque nosotros quedásemos libres de culpas, y esto lo hizo en la cruz. El *Jesús* había de ser pastor que da la vida por sus ovejas, y padre que nos diese nuevo ser sobrenatural, y abogado que obtuviese la anulación de la escritura de nuestra condenación borrándola con su sangre, y príncipe de nuestra paz con Dios; y todo esto donde plenamente lo fué es en la cruz.

Está también en la cruz todo para nosotros; porque para la gran obra de nuestra redención fué necesario que pusiese á nuestro favor todo su ser. La humanidad, porque si no no podía ser víctima, y la divinidad, porque si no no podía ser víctima suficiente, ni sacerdote digno para aplacar á Dios. Y en la humanidad tuvo que afligir todo su cuerpo con innumerables y variadísimos tormentos, y dar toda su sangre hasta las últimas gotas que le sacó la lanza de Longinos, y sufrir en toda su alma aquella amargura indefinible que le obligó por fin á quejarse amorosamente á su Padre diciéndole: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿por qué me has desamparado y me tratas como á un gusanillo y á un despreciable de la plebe?» Y en la divinidad tuvo; por decirlo así, que anonadarse y padecer no como si fuera Dios, sino como el más simple mortal de los más desgraciados.

En la cruz formó la Iglesia y con ella nos legó todos nuestros bienes sobrenaturales.

En la cruz abrió la fuente de los siete sacramentos. Allí obtuvo de su Eterno Padre para nosotros el que la Iglesia fuese perpetua, á pesar de que nosotros habíamos de merecer tantas veces que nos la quitase Nuestro Señor; y que fuese católica y tan extendida y visible por todas partes; y que se mantuviese siempre unida y siempre sin error, siempre santa y llena de medios para nuestra salvación y santificación, como pontífices y prelados, sacerdotes, religiosos de muchísimas reglas, doctores, predicadores, confesores...: en una palabra, todo ese inefable conjunto de beneficios que encierra la Iglesia, que son innumerables, todo tiene su manantial y origen en Jesús crucificado.

Si á esto añadimos que no hay virtud de que Jesús crucificado no nos dé ejemplo, que no hay bienaventuranza ninguna de que no nos dé enseñanza práctica, que por consiguiente Cristo en la cruz es ejemplar y modelo de todos nosotros, bien se ve que podemos asegurar que todo lo amable de Jesús, todo lo de Jesús que pueda excitar la caridad, está en la cruz.

Pero, por otro lado, en la cruz no hay nada de Jesús que no sea amable.

Porque Cristo en la cruz no es el juez, sino el abogado de los pecadores: no es el vengador justiciero, sino el perdonador misericordioso que está orando por todos los criminales y pecadores que han de existir: *Et pro transgresoribus rogavit* (Is. 53, 12).

En la cruz no hizo sino sufrir, callar, orar por nosotros y perdonar una y mil y millones de veces, millones de pecados á millones de pecadores. Porque como conocía todo lo que había de suceder en todo tiempo, en aquellas tres horas y mientras los estúpidos, fariseos con cruel escarnio le invitaban á bajar de la cruz, él estaba presente á toda la historia de los pecados futuros: y en aquellas tres horas de sublime y apenas interrumpido silencio, fué despachando todos los perdones de todos nuestros pecados, rubricando (si es lícito hablar así) con su sangre, que es la única rúbrica que reconoce el Padre, cédulas de perdón, por si, como él les incitaba, venían á pedírselas, para todos los hombres, no sólo para el buen Ladrón, ni sólo para los pecadores entonces existentes, sino para todos los pecadores futuros, así para los que habían de aprovecharse de ellas, como para los demás, si querían pedirle perdón: aun para Nerón y Diocleciano, aun para Arrio y Lutero, aun para Calvino y Enrique VIII, para Voltaire y Robespierre y los mayores criminales.

Y el perdón de algunos ¡cuántas veces tuvo que volverlo á rubricar, pues tantas veces

en las mismas faltas caemos! Mas en la cruz no se enojó ni una vez contra nosotros, y perseveró en esta faena tan horrible y costosa de perdonar todas las atrocidades sin miento del género humano, hasta que la acabó toda y pudo decir *Consummatum est*. Todo cuanto tenía que hacer por los hombres está hecho. «¿Qué más debí hacer por mi viña y no lo hice?» (Is. 5, 4).

Por eso en la cruz Jesucristo está excitando á amor y á amor sin medida, ni término ni modo, pues tan sin modo, sin término y sin medida nos aló Jesús crucificado. Me amó hasta dejar por mí el gozo á que tenía derecho; «*en vez del gozo que se le ponía delante sufrió la cruz, sin arredrarse por la deshonra*» (Hebr. 12, 4). Me amó antes que yo le amase: «*porque nos amó él primero*» (I Joann. 4, 19). Me amó siendo yo pecador: «mucho recomienda su caridad el que murió por nosotros cuando aún éramos pecadores» (Rom. 5, 8). Me amó tantas veces cuantas he pecado, me amó con todo su ser y toda su persona. Pues ¿cómo es posible no exclamar arrebatado con San Agustín: «Señor, ¡me has amado á mí más que á ti, pues quisiste morir por mí!» Y cómo es posible no exclamar con San Pablo: «El que no ame á Nuestro Señor Jesucristo ¡sea condenado!» *Si quis non amat Dominum Nostrum Jesum Christum sit anathema!* (I Cor, 16, 22).

¿Hay alguno que se haya dejado crucificar por mí? «Apenas hay nadie, dice San Pablo, que muera por un justo» (Rom. 5, 7). Pues en cambio, añade él: «*Cristo ha muerto por los impíos*». Y amando nosotros á quien no ha muerto por nosotros, y tal vez á quien nos está matando á nosotros, á Jesucristo que murió por nosotros ¿no le hemos de amar?

IV

Escribo estas páginas, según costumbre, teniendo junto al papel y delante de todos mis libros un crucifijo, el de mi profesión religiosa. Soy cristiano. Cristo crucificado es, según hemos visto, la luz de mi fe, el aliento de mi esperanza y el foco de mi caridad; decidme ¿qué puedo hacer sino tener un crucifijo donde lo vea sin cesar, donde lo pueda coger continuamente, donde pueda á cada rato besar sus cansados pies, sus bienhechoras manos, su amantísimo costado?

Como el que quiere ver, quiere luz en todos los sitios, como el que está débil lleva el báculo á todas partes, como el que quiere vivir y amar lleva siempre su corazón en el pecho, así á ser posible, quisiera yo, como cristiano, tener sin cesar en todas partes el crucifijo.

En mi habitación quiero tenerlo á mano de modo que cuando escriba esté sobre mis papeles; cuando lea, junto á mi libro; cuando ore, en mi reclinatorio; cuando duerma, bajo mi almohada; cuando estudie, ante mis ojos; cuando rece, entre mis manos; cuando padezca, sobre mi pecho, y cuando lo ame, en mis labios. ¿Quién mejor para confidente de mis secretos que ese á quien tantos han confiado los suyos? ¿Quién mejor para escuchar mis oraciones que ese á quien toda la Iglesia pone en todos los altares para escucharlas? ¿Quién mejor para perdonarme que ese que tan acostumbrado está á perdonar? ¿Quién mejor para recibir mis besos que esas llagas que han besado todos los santos y todos los pecadores arrepentidos? ¿Quién mejor para asistirme en mi muerte que ese que á tantos ha asistido á bien morir?

Si estuviera en mi mano lo pondría en el puesto principal de todos los salones: en todos los tribunales, ayuntamientos, diputaciones, escuelas, academias y salas particulares; en nichos bien construidos en todas las calles, en humilladeros de trecho en trecho en los caminos, en el macizo más acomodado del jardín, y en cruces monumentales en las cimas más visibles de los montes.

Hagamos todo lo posible porque al crucifijo se le tribute honor en todas partes. Y el que no pueda más grábelo en lo profundo de su corazón y diga muchas veces aquella hermosísima oración de San Agustín:

«*Escribid, Señor, vuestras heridas en mi corazón de manera que en ellas lea vuestro amor y vuestro dolor; á fin de que viendo vuestro amor, desprecie por vos cualquier amor; y viendo vuestro dolor, sufra por vos cualquier dolor*».

Bien escritas las debía tener San Francisco Javier cuando decía:

No me mueve, mi Dios, para quererte,

El cielo que me tienes prometido,

Ni me mueve el infierno tan temido

Para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte

Clavado en una cruz y escarnecido;

Muéveme el ver tu cuerpo tan herido,

Muéveme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera
Que aunque no hubiera cielo yo te amara,
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
Pues aunque lo que espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

A. M. D. G.